

REVISTA CANTABRO-ASTURIANA.

(CONTINUACION DE LA TERTULIA.)

Número 7.º—3 de Noviembre de 1877.

SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO.

Heminskencias, por D. José María de Pereda. — *El umbral de la patria*, por D.^a Micaela de Silva. — *Gomez Arias ó los moros de las Alpujarras*, (continuacion) por D. Telesforo Trueba y Cosío, (traducida del inglés por D. Adolfo de la Fuente.) — *Décima* por D. Eusebio Sierra. — *La música y el drama lírico*, (conclusion), por D. E. de Topalda. — *A....*, soneto por D. Demetrio Duque y Merino. — *Seccion bibliográfica.*

SANTANDER.

Imprenta de Solinis y Cimiano, Arcillero, 1.

1877.

FLORENTINO DE GARGOLLO.

SANTANDER.—Muelle, 31.

ASEGURADOR MARÍTIMO Y CONTRA INCENDIOS.

Agente de la Compañía Anónima de Seguros Marítimos

LA REUNION

y de sus cooperantes en España

*La Centrale. Le Triton.
La C. de Paris. La Maritime.
Le Pilote. L'Universelle.*

domiciliadas todas en París.

Capital 18.000.000 frs.

Director particular en España de la Compañía francesa de Seguros contra incendios y sobre la vida

EL MUNDO,

autorizada por decreto de 11 de Abril de 1864.

Domiciliada en París,

RUE DU QUATRE SEPTEMBRE, 12.

Capital 10.000.000 frs.

Depósito de piedras de molino de la Ferté St. Jouarre.

Representacion de varias otras sociedades extranjeras.

Comisiones y consignaciones.

REMINISCENCIAS.

Esto de comparar tiempos con tiempos, no es siempre una manía propia de la vejez, como la fama asegura y muchos ejemplos lo comprueban.

Manía es en los que se v^{an} creerse de mejor madera que los que vienen, porque la raza humana, desde Caín acá, ha variado muy poco en *el fondo*; pero ¿quién podrá negar que en el siglo que corre, como en ningún otro, los usos y las costumbres y el aspecto *exterior* de los hombres, ofrecen notabilísimas diferencias de generacion en generacion, de año en año, de día en día?

Tales y parecidas cavilaciones me asaltan la mente cada vez que, obligado á ello por una irresistible exigencia de carácter, me detengo á contemplar con infantil curiosidad esos enjambres de niños que á las horas de paseo invaden las alamedas, y corren, y saltan, y gritan, y dan vida, gracia y armonías, como los pájaros al bosque, con sus regocijos y colores, á aquel monotonó bamboleo de señores graves y de jovenzuelas presumidas que recorren arriba y abajo el recto y empolvado arrecife como tropa disciplinada en revista de comisario.

¡Qué asombrosa variedad de formas, de matices, de adornos, de calidades, la de aquellos arreos infantiles! No se ven dos vestidos iguales, ni rapaz que no varíe el suyo tres veces á la semana; y cada traje es lo que aparenta; es decir, que no es pana lo que parece terciopelo, ni talco lo que por oro toma la vista.

Lo mismo que los trajes son los juguetes. El sable es de hierro bruñido, la empuñadura dorada, sus tirantes de charol; y al ser arrastrado con marcial donaire por el microscópico guerrero vestido rigerosamente de husar ó de dragon, suena como los sables *de véras*; la pistola es de hierro, y tiene articulaciones, y ya con un corcho, haciendo el vacío, ó ya con un fulminante colocado en su chimenea, produce tiros verdaderos; con el fusil sucede lo propio, y además tiene ba-

yoneta que encaja en la extremidad del brillante cañon con todas las reglas militares; las *canicas* son primores de vidrio colorado; los coches remedan en forma y calidad, resistencia y comodidades, á los que ruedan en las calles, tirados por fogosos brutos..... Y así todo lo demás, porque la industria moderna, explotando á maravilla estas debilidades humanas, tiene fábricas colosales que no producen otra cosa.

Pues bien: yo me traslado con la memoria á los años de mi infancia, y á los mismos sitios en iguales horas y circunstancias, y no puedo ménos de asombrarme de la diferencia que hallo entre el enjambre que bulle entre mis recuerdos y el que tengo delante de los ojos.

Véome allí, entre mis contemporáneos, jugando á la gallina ciega, al marro ó á las cuatro esquinas, tirando de vez en cuando un pellizco al mendrugo de pan que se guardaba en el bolsillo para merendar, ó formando parte del grupo que devoraba con los ojos un lorito de carton, tamaño como un huevo de gallina, que no soltaba de la mano un camarada feliz á quien se le había traído su padre no sé de qué parte del mundo, ni con qué fausto motivo; ó armando en apartado rincon la media docena escasa de fementidos soldados de plomo; véome, repito, con mi traje *de todos los dias*, ó sea el desechado *de los domingos* del año anterior, corto, descolorido y opresor, amen de repasado y añadido. Y ¡qué traje!

Seguro estoy de que mis coetáneos no necesitan que yo se le describa, pues no habiendo más que un modelo para todos, y tirando con él hasta que nos vestían *de muchachos*, acordarán de él como si aún le tuvieran encima. Pero he de describirle, siquiera para demostrar parte de mi tesis á los ojos de cuantos, más acá y á la edad aquella, han arrastrado por los suelos ricas lanas y deslumbrantes sedás:

Un calzon, ceñido á la rodilla, con muchos *frunces* en la cintura, de lo cual resultaba una *culera* (déjese el lector moderno de remilgos, y acepte la palabra corriente entónces) monstruosa y exuberante, que se bamboleaba á diestro y siniestro, segun que las piernas se movian; uníase á la cintura, por innúmeros botones, otra en que terminaba, sobre el vientre, una especie de blusa con mangas tambien fruncidas y puños ajustados; sobre los hombros se tendia, cayendo por detrás hasta media espalda, un cuello blanco llamado *vuelillos*, en cuya prenda agotaban nuestras madres su paciencia, su gusto, sus larguezas y su ingenio; por lo cual los tales vuelillos eran ora calados, aliquando con encajes (de imitacion, se entiende) á veces bordados, y muy á menudo con una borlita en cada pico delantero.

Medias blancas el que queria gastarlas; pues no era mal visto ir en pernetas, y borceguíes de becerro hediondo, ni más finos, ni más relucientes que los que gastan hoy los peones del Muelle. Sobre este conjunto y faltando á todas las reglas arquitectónicas y de buen gusto, una gorra de pana morada, muy ancha de plato y muy estirado éste, como piel de pandero, por la virtud de un aro de palo que tenía dentro, y de uno de cuyos bordes, creo que el derecho, colgaban hasta los hombros dos borlas de canutillo, descomunales.

Mientras todo esto era nuevo ó poco usado, llamábase *vestido de los domingos*; cuando á los calzones se le habian soltado todas las *lorzas*, y á la blusa los frunces, y además tenía esta medias-mangas, y los otros refuerzos en las rodillas y en el trasero; y á la gorra, ya sin borlas, ó con los cordones solos, se le salía la punta del aro roto por un lado, y cuando los borceguíes, con tapas, bigoterías y medias suelas, sin lustre, orejillas ni correas, más servían de grilletes que de amparo á los piés, llamábase, y pasaba á ser, *vestido de todos los días*.

Y lo era tan al pié de la letra, que así se casara el rey, ó se tomara á Gibraltar y el mundo se hundiera con música y cohetes, el traje *de los domingos* no salía á luz más que en estos ó en las fiestas *de guardar*, bien especificadas en el calendario.

A lo sumo se nos permitía la media gala; es decir, poner con el vestido viejo la gorra nueva, ó los borceguíes flamantes.

En tal guisa íbamos á la escuela, y despues al paseo con el ya citado mendrugo de pan en el bolsillo, comiéndole á retortijones mientras corríamos, saltábamos, ó nos contaban ó contábamos cuentos de ladrones y encantados.

¿Quién de mis coetáneos podrá jactarse de haberse divertido en estos lances sin que los calzones ó los zapatos se le reventaran por alguna parte, y sin que asomara por ella medio palmo de camisa ó el dedo gordo del pié, libre desde mucho ántes de la prision de la media correspondiente?

Y yo pregunto ahora: ¿hay hijo de remendon de portal que se presente hoy en un paseo con el traje mas raído que el de la flor y nata de los rapazuelos de entonces? ¿Hay cuero que más dure, colgado de una percha, que lo que duraba sobre nosotros un vestido de...? yo no sé de qué demonios eran aquellas telas, y voy á decir algo é este propósito.

Iba uno muy ufano con su madre á *ver* como ésta *sacaba* género para un vestido que nos iban á hacer, despues de estar dos meses hablándonos de ello en casa y prometiendo nosotros «ser buenos, obedientes y aplicados.»

—Saque V. tela de estas señas y de las otras—decía la buena señora, despues de saludar á D.^a Sebastiana, ó á otra apreciable tendera por el estilo, y de haber preguntado ésta por todos y por cada uno de los de nuestra casa, y de acusarnos *in facie materna* de cualquiera travesurilla que nos hubiera visto hacer delante de la tienda al salir de la escuela, con lo cual nos poníamos rojos de vergüenza y de ira. Inmediatamente echaba sobre el mostrador una pieza de lo pedido; y como la tienda habia de ser oscura por necesidad, nuestra madre salía hasta la calle con el género entre brazos, siguiéndola nosotros y alzándonos sobre las puntas de los piés para ver la codiciada tela que desde luego nos enamoraba.

—Me parece demasiado fino esto—decía nuestra madre cuando ya habia tentado, resobado y olido el género á la luz del sol; con lo cual se nos caía el alma á los piés, y la ilusion con el alma.

—Para qué lo queria V.?—preguntaba la tendera.

—Para hacer un vestido á éste—respondía la interpelada señalándonos á nosotros.

—¡Ah, es para el chico!—esclamaba la otra.—*Entonces* tengo aquí una cosa más á propósito.

Y del último rincón de la tienda, debajo de todos los recortes y sobrantes del año, sacaba un retal infame, del color de todo lo marchito, áspero y viejo, diciendo al propio tiempo:

—De esto mismo se han hecho un traje los niños de D. Pedro de Tal y de D. Antonio de Cual. Y como, para desgracia nuestra, aquellos chicos, por ser hijos de *pudivientes notorios*, daban el tono á las modas, por el retal se decidía nuestra madre, despues de la indispensable porfía de media hora sobre el cuarto de más ó de ménos en vara.

—Y cuánto necesita V.?

—Lo de costumbre... La costurera dice...

—No se fie V. mucho de ella.

—Como es quien ha de hacer el vestido... ¿Cuánto cree V. que necesito?

—Pues tanto.

—Córtelo V., entonces... Pero aguarde V... Necesito otra vara más para cuchillos y medias mangas *el año que viene*, porque este chico crece tanto!... y rompe!...

—Déjele V. lorzas.

—Siempre se las dejo, pero no le alcanzan ya las de las perneras cuando se las suelto, y tengo que añadirles una tira... Mire V. que este vestido que trae puesto no tiene más que un año de uso.

—Aquí le compró V.; bien me acuerdo.

—Pues ya tiene dos refuerzos atrás, rodilleras y tres pares de medias mangas... Le digo á V. que son cuerpos de hierro los de estos chicos de hoy!...

Juzgue ahora el lector *de qué* serian esos trajes cuando los echábamos *á todos los días*, y *cómo* estarían cuando ni para diario podíamos aprovecharlos ya.

Pero lo chusco era cuando, pasado este periodo de nuestra existencia, salíamos de la primera enseñanza para entrar en la segunda; es decir, cuando nos vestían *de muchacho*, lo cual era nuestra gran ilusión, con chaquetilla *pulga*, pantalón de *patencur*, chaleco de *cabra*, gorra de felpa atigrada, zapatos de tirante y *camisolin* de *crea*. Como todo traje nuevo, este primero era para los domingos; de manera que hasta que pasara á la categoría de viejo, teníamos que andar todos los días con el ya especificado de niño, sin lorzas y con *pegas*, si no había un padre ó un hermano que nos socorriera con algún desecho.

No quiero decir nada de aquella primera levita que, andando el tiempo, nos hacían, de *cúbica* ó de *manfor*, con una tira de tafetan, de cuatro dedos por abajo y acabando en punta por arriba, que se llamaba vuelta, ó embozo, de los largos faldones; porque esa época está fuera del alcance de estas reminiscencias, aunque sería otra prueba más de que en aquellos tiempos, las modas se eternizaban sobre nosotros, y costaba un muchacho á su padre en cuatro años, la vigésima parte de lo que hoy le cuesta un niño en ocho meses.

Diré únicamente, por si no volvemos á hablar de esto y para regodeo de los imberbes elegantes de ogaño, que estas levitas y otras prendas anteriores y contemporáneas, eran hechas en casa, por la costurera; y que todavía, años andando, no nos median las espaldas Vazquez, Nieto ó Valentin, sin haber pasado ántes por todos los sastres de portal.

Apuntadas estas diferencias de aspecto entre aquellas generaciones y las que las siguieron hasta la actual, digamos algo sobre los avíos de nuestros juegos.

Para nosotros no producía la industria más que las canicas y los botones y digo «para nosotros», porque si bien es cierto que en los Alemanes de la calle de San Francisco se vendían ermitaños, zapateros y pocas chucherías más de carton pintado, nadie las compraba. Allí se estaban en la vidriera, y allí se deshacían bajo el peso de los años y del polvo.

Cuán raros eran estos juguetes en manos de los chicos de entónces, pruébalo el ánsia con que acudían á mi casa todos mis camaradas á contemplar un carpintero que me había regalado un pariente, el cual carpintero al compás del *glen*, *glen* de su cigüeña de alambre, movía los brazos y con ellos

una garlopa sobre un banco; pruébalo asimismo la veneración que yo sentía por aquel juguete y los años que me duró.

En rigor de verdad, también había custodias, carritos y soldados de plomo en una tienda de la esquina del Puente.

Las canicas.—Las había de piedra barnizada, como hoy; de *jaspe*, que escaseaban mucho; de cristal que eran la octava maravilla, y por último, de betún, plebe de las canicas.

Las de piedra, que eran las más usuales, costaban á cuarto en la tienda de Bohigas; pero sacadas á la calle aún sin estrenar, no valían mas que tres maravedís; el otro se echaba á cara ó cruz. De este modo se adquiría la primera canica, con la cual un buen jugador ganaba una docena que podía valerle doce cuartos, si al venderlas tenía un poco de suerte jugando los maravedís de pico. Advierto que como el género escaseaba y los muchachos no pensaban en cosas más áruas, los compradores llovían en derredor del afortunado.

La canica de jaspe valía dos cuartos en la tienda, seis maravedís en la calle, ó canica y media de las negras. En cuanto á las de cristal, no se cotizaban en la plaza. Poseíanlas siempre los *pinturines*, ó *señoritos*, ciertos niños mimosos que iban á clase y á paseo con rodrigon y jamás se manchaban los pantalones, ni se arribaban á la muchedumbre ni bebían en las fuentes públicas. Jugaban aparte con aquellas, y ó bien se las *ufaban* los otros, ó se las estrellaban contra un banco de la Alameda, después de habérselas pedido traidoramente para contemplarlas.

Las de betún se hacían con el de la azotea de la casa de Botín, ó con el de la de *los Bolados*, único betún que existía en el pueblo. Cómo se adquiría esa materia prima, yo no lo sé; pero es un hecho que nunca faltaba betún para canicas. Estas valían poco: tres por una de piedra.

Los plomos.—Los buenos eran hechos de balas aplastadas. Se adquirían á precios más varios que el de las canicas, que siempre fué invariable. Se jugaban al bote y se negociaban del mismo modo que aquellas.

Los botones.—Eran preferidos los del *provincial de Laredo*. Tampoco me explico cómo sucedía que hubiera siempre botones nuevos en el juego, no existiendo el batallón desde muchos años atrás.—Se jugaban al bote, como los plomos, y, como estos, se cotizaban con variedad de precios.

El cobre de esta moneda eran las *hormillas*, que también se jugaban al bote y se vendían siempre al desbarate.

Estos, es decir, las canicas, los plomos y los botones, eran los únicos objetos de diversión que podíamos adquirir *hechos*. Los demás, como la espada, el fusil, el arco, la pistola, el látigo, la pelota, el taco, etc., etc... teníamos que hacerlos á

mano, ó pagar muy caro el antojo al afortunado que ya poseyera el que nos faltaba; siendo muy de advertir que por única herramienta teníamos un cortaplumas viejo, muy caída la hoja hacía atrás.

La espada era un pedazo de vara hendida, ó arco barrile-ro, con otro más corto cruzado y amarrado convenientemente para formar la empuñadura. Sujetábase el arma á la cintura, bien por medio de un tirante hecho ceñidor, ó bien des-cosiendo un pedazo de la del pantalón y metiendo la hoja por la abertura resultante. El resto del equipo militar, es decir, las charreteras, el tricornio, banda y condecoraciones, era de papel.

El fusil era una astilla grande de cabreton, pulida con im-probos trabajos, con el cortaplumas, ayudado á veces con el cuchillo de la cocina, que si no cortaba más que él, estaba en cambio mucho más súcio.

Pues habeis de saber, motilones que alborotais hoy los paseos vestidos de generales casi de verdad, que con aque-llos arreos de palo y de papel se dieron encarnizadas batallas en los Cuatro Caminos y en el Paseo del Alta.

Y esto me trae á las mientes el recuerdo de que yo fuí ca-bo primero de la compañía mandada por el capitán *Curtis*, á las órdenes del general *Saba*. No diré si entre los varios *ejércitos* que por el mismo campo pululaban le habia más bi-zarro, pero sí aseguro que no tuvo rival el nuestro en tácti-ca ni en disciplina.

Y no es extraño: aquel capitán de juguete que nos hacía conquistar castillos imaginarios, trepar por cerros y despe-ñarnos por derrumbaderos, escalar los árboles, atravesar bardales por lo más espeso y saltar las tápias sin tocar las piedras más que con las manos, todo por vía de instruccion y ensayo, es hoy uno de los coroneles más organizadores, más bizarros, más sufridos y más fogueados del ejército es-pañol. Por cierto que fué él el único soldado de véras que dió aquella tropa de soldados de aficion: todos, incluso el general, trocamos las armas por las letras (las de cambio inclusive.)

Doy por hecho que este recuerdo evocado será con exceso pueril y quizá impertinente, si no de mal gusto, para los lec-tores que no alcanzaron los Mártires en la Puntida ni á Caral en el Instituto, y que hicieron en ferro-carril su primer viaje á la Universidad; pero salvo el respeto que estos seño-res me merecen, no borro este detalle de *mis tiempos* en gra-cia siquiera del ánsia con que han de devorarle los soldados de *mi compañía* que aun anden, por su ventura ó su desgracia, entre los vivos de este valle de lágrimas, y acierten á pasar la vista por estos renglones que escribo á vuela pluma... no

sé por qué; quizá movido de esa necesidad del espíritu que obliga á vivir de los recuerdos cuando comienzan á escasear las ilusiones, porque el sendero recorrido es más largo que el que nos queda por andar. Quien tenga á ménos pagarse todavía de estas pequeneces, que vuelva la hoja y pase á otro capítulo; quien sienta agitársele el alma en el pecho al contacto de estas reminiscencias de la mejor edad de la vida, dígame lo poco que me resta decir entre lo mucho que me hormiguea en la memoria y tengo que apartar de ella por no caber en el propósito que he formado ahora de escribir, no un libro, sino un artículo para la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA.

La pistola. Componíase de una culata de pino, hecha á navaja, y de un cañon de hoja de lata, arrollado á mano y reforzado con alambre. Eran muy estimados para este objeto los tubos de los paraguas antiguos que no tenían abertura al costado para dar paso al resorte que mantenía plegadas las varillas. De cualquier modo, tapábase uno de sus extremos con un corcho ó con un taco de madera bien ajustado y sujeto por medio de otro alambre al tubo que se colocaba luego en la ranura de la culata, á la cual se amarraba con cabos de zapatero. En seguida se abría el oído con la punta del cortaplumas, si el tubo era de caña, ó con un clavo si era de latón; y al Prado de Viñas ó á la *Maruca* á hacer salvas. Generalmente uno construía el arma y otro adquiría la pólvora: ambas adquisiciones eran superiores á las fuerzas de un muchacho solo. Por eso las salvas eran también á medias, si como era muy frecuente, después de estar cinco minutos chisporroteando el *figon*, ó cucurucho de pólvora amasada con agua, sobre el oído, no salía el primer tiro por éste ó por la culata, llevándose el tapon que por un milagro no se llevaba á su vez, al pasar, la tapa de los sesos del que sostenía la pistola en su mano, ó del asociado que se colocaba junto á él después de haber encendido el *figon* con un fósforo de los cuarenta que contenía cada tira de carton comprada al efecto por dos cuartos.

Conocí algunos afortunados que poseían cañoncitos de bronce. Eran estos los Krupps de aquella artillería, y como á tales se les respetaba y se les temía.

El arco. Aunque los había de madera asequibles á todos los muchachos, juzgábase sin él quien no le tuviera de ballena de paraguas con cuerda de guitarra.

Y aquí debo advertir, para lo que queda dicho y lo que siga, que aunque no siempre poseíamos el material necesario para construir un juguete, le adquiríamos en la plaza por medio del cambio. Había, por ejemplo, quien estaba sobrado de astillas de pino, y no tenía una triste tachuela: se iba á buscar con paciencia al de las tachuelas, y se le proponían asti-

llas en pago, ó botones, ó canicas, ó lo que tuviéramos ó pudiéramos adquirir complicando el procedimiento.

La pelota.—Las de orillo solo, no botaban; se necesitaba goma con él; pero la goma era muy rara en la plaza: no había otro remedio, por lo comun, que acopiar tirantes viejos y sacar de ellos, y de los propios en uso, los hilos de goma que tuvieran, hacer una bola con éstos, mascarla despues durante algunas horas, envolverla en cintos con mucho cuidado y dar al envoltorio resultante unas puntadas que unieran todas las orillas sueltas. Así la pelota, había que forrarla. Primero se buscaba la badana por el método ya explicado, si no nos la proporcionaba algun sombrero viejo; despues se cortaban las dos tiras, operacion difícilísima que pocos muchachos sabian ejecutar sin patron, y por último, se cosian con cabo, pero poniendo sumo cuidado en no dejar pliegues ni costurones que pudieran ser causa de que, al probar la pelota, en vez de dar ésta el bote derecho, tomara la oblicua, lo cual era como no tener pelota.

El látigo.—No conocí ninguno hecho de una sola cuerda nueva; todos eran de pedazos heterogéneos, rebañados aquí y allá; pero á dar estallido seco y penetrante, podian apostárselas con los más primorosos: para eso se untaba muy á menudo la tralla con pez ó con cera.

Y el taco.—Era de saúco, y el saúco bueno no le había más que en Cajo ó en Pronillo; y no en bardales públicos, sino en cercados de huertas muy estimadas. Cuestion de medio día para cortarle, y capítulo, por ende, de correr la clase correspondiente.

Un chico que ya había cortado allí el suyo, nos acompañaba á los varios que le necesitábamos. El más fuerte y más ágil trepaba al arbusto con la navaja descoyuntada, ya descrita, miéntras los otros vigilaban el terreno y le indicaban la mejor rama. Enredábase con ella el de arriba echando maldiciones á la navaja que tanto le pellizcaba el pellejo de la diestra entre la hoja y el muelle trasero, como penetraba en el saúco.

Al cabo de media hora, cuando la rama empezaba á ceder y la mano á sangrar á chorros, aparecía *el amo* á lo lejos—«Ah, pícaro!... ah, tunante!... yo te daré saúco en las costillas!» El de la rama hacía un esfuerzo supremo, arrancábala, mas bien que la cortaba, y se arrojaba con ella al suelo, quedando en él medio despanzurrado. Alzabase en seguida por amor al pellejo; y corre que te corre con sus camaradas, no parábamos hasta los Cuatro Caminos.

Allí nos creíamos seguros, y nos poníamos á examinar el botín de la campaña.

—Es *hembra!*—decía uno al instante.

—Hembra es!—exclamábamos luego los demás, tristes y desalentados.

Trabajo perdido. Llámase saúco hembra al que tiene mucho *pan* ó médula, y el taco, para ser bueno, ha de ser de saúco *macho*, es decir, de poco *pan*.

Vuelta á empezar en Cajo, si el sobresalto fué en Pronillo, ó en Pronillo, si el susto le recibimos en Cajo.

Obtenido al cabo el buen saúco y á costa de trabajos como el citado, se cortaba en porciones adecuadas, se le sacaba el *pan* y se despellejaba. Esto se hacía por el camino volviendo á casa, cargada la conciencia con el peso de la clase corrida.

Ya teníamos taco; pero se nesositaban balas y baqueta.

Las primeras eran de estopa, y como no la había á la vista, recurriamos al forro interior de la chaqueta, donde abundaba siempre, merced al rumbo de los sastres de entónces, ó al plato de la gorra, que tambien lo tenía por mullida. Áspera era y mala y plagada de inmundicias estaba; pero al cabo era estopa, y llegaba á servirnos despues de macerarla en la boca con paciencia y sin escrúpulos. La baqueta era de alambre gordo, con mango de palo, cuyas materias se adquirian como la necesidad nos daba á entender, y nunca tan pronto como deseábamos.

Este juguete era uno de los que más nos entretenian, no sé si por los sudores que nos costaba; y aunque con la boca del estómago dolorida de apoyar en ella el mango de la baqueta, y las palmas de las manos hinchadas de recibir las balas al salir del taco con el estruendo apetecido, y las fauces secas por haber gastado la saliba en remojar las balas, siempre nos daba pena ver acabarse *el tiempo* de los tacos y empezar el de otro juego que, por sucesion inalterada, estaba llamado á reinar entre los muchachos.

He puesto con el taco fin á la lista de juguetes de mis tiempos, por no hacerla interminable, y porque bastan los descritos para dar una idea de los sudores que nos costaba adquirir el más insignificante de ellos, y por tanto, del aprecio en que los tendríamos. Si algun dia me encuentro con el humor necesario, hablaré de los restantes y hasta de cierta corrida de toros *artificiales* que dimos, siendo yo coempresario de ella, en un corralon de la calle de Cervantes, á la cual acudió tanta gente, que siendo á dos cuartos la entrada, despues de cubrir todos los gastos le quedaron libres á la empresa doce reales y medio.

Entre tanto, vea el lector desapasionado si de las estrecheces y apreturas de aquellos tiempos se deduce alguna ventaja trascendental. De mí le diré, que en víspera de estreno de

vestido, nunca dormí sueño sosegado, y que jamás he olido perfume que me embriague como el hedor del betun de los borcegués recién traídos de la zapatería, y de propio intento puestos por mí debajo de la cama, el sábado por la noche... Digo mal; otro olor de aquellos tiempos me impresionó más todavía que el de los borcegués: el olor del teatro la primera vez que me dió en las narices, un domingo por la tarde. Fui solo; y cuando entré, comenzaba á bajar la araña por el agujero de la techumbre, encendidos sus mecheros de aceite; y segun iba bajando iba yo á luz orientándome en aquel, poco ántes, y aún mucho despues, misterio conmovedor. Vi el telon de boca con las nueve Musas y Apolo pintados en él. De pronto creí que aquellas figuras eran toda la funcion, y casi me daba por satisfecho; ó que si algun personaje más se necesitaba, aparecería entre el telon y las candilejas, y entonces me sentia hasta reconocido, y aun hallaba muy holgado el terreno en que, á mi entender, habian de moverse. Despues sonó la música: la polka *primitiva* y el *himno de Vargas*. ¡Qué sorpresa, Dios mio! Por último, se abrió el telon ¡qué maravillas en el escenario!... y empezó la representacion de *El hombre de la selva negra*. Con decir que me faltó poco para ir al despacho de billetes á preguntar si se habian equivocado al llevarme tan poco dinero por tanta felicidad, digo lo que sentí en tan supremos instantes y cuán por lo sério tomé lo que en el escenario sucedia.

Por eso no se escandalice nadie si me oye decir alguna vez que los actores que pone mi corazon sobre todos los del mundo conocido, son Fuentes, la Fenoquio y Perico García, galan, dama y gracioso, respectivamente, que trabajaron en aquella funcion memorable y en otras á que logré asistir despues. Pues todos estos recuerdos y las subsiguientes emociones me asaltan y acometen siempre que á mi olfato llega el olor de teatro vacío como estaba, ó poco ménos, el de Santander, cuando en él entré por vez primera.

Apuntados estos detalles que fácilmente dán la medida de otros mil del propio tiempo, recuerden mis coetáneos qué idea se tenia, entre las gentes, de ciertos casos y de ciertas cosas. Un ministro!... Boca abajo todo el mundo. Un diputado!... ¡Uff! no cabia en la calle. El Jefe político!... María Santísima!... Un particular que habia estado en París!... ¡Qué admiracion!

En cambio, quien tenga hoy un hijo rapazuelo, que le pregunte adónde ha ido á parar el primoroso juguete que se le compró tres días ántes, y cómo era. Ya no se acuerda de lo uno ni de lo otro. ¡Le regalan tantos cada semana! ¡Hay tal abundancia y tal variedad de ellos en esas tiendas de Dios!...

Pregúntele también qué siente cuando estrena un vestido ó vá al teatro... Absolutamente nada. ¿Qué ha de sentir si cada día le ponen uno diferente y concurre al teatro todos los domingos desde que aún no sabía hablar?

Ofrézcale llevarle á Madrid dentro de un año si saca buena nota en los exámenes de la escuela. ¿Qué efecto ha de causarle la promesa, si ya ha estado tres veces con su mamá en París, una para arreglarse los dientes, otra para que le redujeran una hénria, y otra de paso para Alemania á curarse las lombrices?

Pues salgan ustedes á la calle y pronuncien muy récio las palabras «ministro», «diputado» y «gobernador»: las cuatro quintas partes de los transeúntes vuelven la cabeza, porque los unos lo han sido ya, y los otros aspiran á serlo.

Ahora bien; si es preferible esa aridez del espíritu, esa dureza precoz del sentimiento como producto necesario del torbellino de ideas, de sucesos y de aspiraciones en que, lustros há, nos agitamos, á aquellos apacibles tiempos en los cuales se dormían en nosotros los deseos y era la memoria vírgen tabla en que todo se esculpía para no borrarse nunca, dígalo quien entienda un poco de achaques de la vida.

Pero conste, en apoyo de mi tésis, que hubo un día, que yo recuerdo (y cuenta que aún no soy viejo) en que la familia española, impulsada por el reflujo de vecinas tempestades, pasó de un salto desde la patriarcal parsimonia de que dan una idea los pormenores apuntados, á este *otro mundo* en que la existencia parece un viaje en ferro-carril, durante el cual todo se recorre y nada se graba en la mente ni en el corazón; viaje sin tregua ni respiro, como si aún nos pareciera largo el breve sendero que nos conduce al término fatal donde han de confundirse en un solo puñado de tierra todos los afanes de los *viajeros*; todas las ambiciones y todas las pompas y vanidades humanas.

JOSÉ M. DE PEREDA.

EL UMBRAL DE LA PÁTRIA.

De las cumbres de la vida
he bajado la pendiente,
y camino tristemente
sin saber adonde voy.

Con la mente dolorida,
mis pesares recordando,
me detengo preguntando:
¿es mi patria donde estoy?

Todo aquí lo encuentro frío;
de la tierra los amores
se parecen á las flores
que deshoja el vendaval.

No es la dicha que yo ansío
la que pasa y la desdén:
en la patria que yo sueño,
todo, todo es inmortal.

Aquí veo á cada paso,
ya un sepulcro, ya una ruina;
aquí siempre alguna espina
me traspasa el corazón.

Hallo el gozo tan escaso,
que repito á cada instante:
¡Desdichado el caminante
si no espera otra mansión!

Patria bella y anhelada
como el fin de mi deseo;
yo te busco y también creo
que te buscan los demás.

Si es del hombre la morada
este valle de amargura,

¿por qué sueña una ventura
que no ha visto en él jamás?

Me habla el mundo algunas veces
un language que no entiendo:
de sus galas me sorprendo,
y me paro á repetir:

«Tierra, tierra que floreces
con tal pompa y galanura,
¿qué me importa esa hermosura
si tan pronto he de morir?»

Pero envuelta en blanco lino
una vírgen estoy viendo,
que se apoya sonriendo
en los brazos de una cruz.

«Sigue, avanza en tu camino,
me repite cariñosa:
tras la nube misteriosa
se halla el reino de la luz.»

«Yo dirijo al caminante;
yo del hombre soy la guía:
si de mí no se desvía
sube al monte celestial.

Si una huesa vés delante,
no te asustes, oh viajera;
de la pátria verdadera
el sepulcro es el umbral.»

MICHAELA DE SILVA.

GOMEZ ARIAS Ó LOS MOROS DE LAS ALPUJARRAS.

II.

Estamos sobre las armas no para
combatir al extranjero, sino para
aniquilar á los rebeldes.

SHAKSPEARE.

En cuanto la reina recibió las graves noticias de la actitud tomada por los rebeldes, se apresuró á adoptar medidas eficaces para la conservacion de su dominio. Convocó á aquellas personas en cuya opinion habia confiado siempre, y á aquellos adalides con cuyo valor, en la hora del peligro, contaba con seguridad.

En el testero del salon de audiencias, en el que estaban reunidos, se veía á la Reina sentada en un magnífico trono sobre el que ondeaba un rico dosel de terciopelo carmesí. Al primer golpe de vista, no podia considerarse á Doña Isabel como nacida para el mando. Su estatura no pasaba de mediana; pero habia en ella un aire de dignidad que resaltaba en todas sus acciones. La benignidad que de sus límpidos y azules ojos irradiaba, más parecia propia para persuadir al cumplimiento de sus deseos, que para imponer una orden; y siempre manifestaba su desagrado, más por medio de la reconvenccion que de la amenaza. Pocas mujeres podrian vanagloriarse de poseer mayores atractivos personales; ninguna de más claro y superior entendimiento; si alguna falta pudiera atribuírsele, era en los momentos en que se oscurecia su frente, porque el sentimiento de lo que era debido á la religion se escitaba en ella con exceso. En ocasiones tales se volvía poco comunicativa y severa; pero áun esta momentánea austeridad podia ser difícilmente censurada por sus súbditos, cuando producía aquel valor y firmeza, y aquella inflexibilidad en sus providencias, como juez, por las que se hizo tan notable. Cuando un historiador grave ha atribuido á su carácter rasgos heróicos, cuánta mayor libertad no debe concederse al escritor de una novela histórica?

A la derecha de la Reina se veía al renombrado Alonso de Aguilar, terror de los moros, notable por su galana apostura y por su elevada gerarquía. Se había distinguido particularmente como, su hermano, el heroico Gonzalo de Córdoba, en la guerra contra Granada, y era honrado por Doña Isabel con la mayor estimación é ilimitada confianza. A su elevada é imponente estatura unía una fuerza hercúlea, y un aire de dignidad, que le habían merecido la reputación del guerrero más perfecto de su época. Su noble continente de tal modo espresaba la resolución y la intrepidez, al par que la sencillez y la franqueza, que inspiraba á todos sentimientos de admiración y respeto. Sus atléticas y gallardas formas eran mas notables, porque aún conservaban la flexibilidad de la primera juventud, sin que las hubiese comunicado su rigidez el frío de cincuenta inviernos, que había pasado en su mayor parte, en medio de las penalidades de la campaña. Su carácter justificaba la favorable impresión que su vista producía. La experiencia de una edad mas madura había podido llegar á dirigir, pero nó á dominar, el valor impetuoso de sus primeros años; á la vez que las arrugas que surcaban su frente varonil, y los pocos mechones grises que ligeramente plateaban su negro cabello, daban nuevo motivo al sentimiento de respeto y veneración, que sus virtudes inspiraban.

En el lado opuesto estaba Don Iñigo de Mendoza, conde de Tendilla, Gobernador de Granada, que tenía muchos y ostensibles derechos á la gratitud de España. No era el menor de sus títulos ser padre de un hijo, que sirvió despues á su país con el triple carácter de soldado valeroso, de ilustre hombre de Estado y de sábio profundo.

Cerca de estos guerreros se veía al Maestre de la Orden de Calatrava, al Alcayde de los Donceles, conde de Ureña, y otros renombrados jefes. El resto de los nobles, ocupando el lugar que á su rango correspondía, completaban esta imponente asamblea.

Reinaba un profundo silencio, y todos parecían impacientes por conocer el motivo de aquel consejo, á que tan apresuradamente habían sido convocados, y cuya importancia solo podían apreciar por conjeturas. En aquella noble reunión faltaba sin embargo un valiente caballero que, aunque jóven en años, era ya veterano en militares empresas, y cuyos brillantes hechos le habían conquistado el derecho de compartir con aquellos distinguidos personajes el señalado favor de su soberana. Gomez Arias no estaba allí: y Don Alonso de Aguilar, que le consideraba ya como hijo suyo, sentía profundamente aquella inevitable ausencia.

Este jóven estaba á la sazón voluntariamente desterrado

de la Corte y de ningún modo deseoso de presentarse en Granada, en donde su persona hubiese corrido peligro. Ni sus propios méritos, ni la influencia de Aguilar, habían podido inducir á Doña Isabel á desviar el curso de la justicia, enérgicamente reclamada por la familia y los amigos de Don Rodrigo de Céspedes, que, en aquellos momentos, estaba postrado en el lecho del dolor, á consecuencia de una peligrosa herida que le había inferido Gomez Arias, su rival afortunado en el cariño de Doña Leonor de Aguilar.

Reunidos todos los miembros del Consejo, con la sola escepcion dicha, la Reina se levantó para dirigirles la palabra: «Nobles cristianos» les dijo, amigos míos y mis bravos defensores, habéis comprendido que un motivo importante os reúne en mi presencia. A menos de aplicar pronto remedio, estamos amenazados con la pérdida del territorio por cuya adquisicion os habeis impuesto tantos trabajos, y que hemos comprado á costa de la mas precisa sangre de España. De nuevo es necesario escitar el noble y patriótico ardor que os animára; y la incontrastable fuerza de vuestras armas ha de desplegarse de nuevo contra los enemigos de nuestra patria y de nuestra religion. En vano vuestra perseverancia y vuestro valor han conquistado la última fortaleza de Granada, y obligado en vano á los moros á devolvernos el patrimonio de nuestros antecesores, si cunde la semilla del descontento y brota de ella la rebelion. Cualesquiera que puedan haber sido las quejas de los habitantes del Albaycín, con súplicas y prudentes reclamaciones á nuestra justicia era como debían haber buscado el desagravio; no por la fuerza de las armas, en las que han tenido demasiadas ocasiones para reconocer nuestra superioridad.—Nuestros oficiales de justicia han sido insultados y uno de ellos asesinado en el cumplimiento de su deber. La activa y prudente conducta del conde de Tendilla ha logrado dominar la primera conmocion; pero los jefes del motin han buscado, en las enmarañadas gargantas de las Alpujarras, el medio de prolongar con asechanzas una guerra, que no son capaces de mantener contra nosotros en campo abierto. Procurémos por tanto, castigar con rapidéz su insolencia, ántes que el mal tome mayores proporciones. No por que yo abrigue la menor duda del éxito; sino con el propósito de economizar las preciosas vidas que la dilacion podría comprometer. Entre los jefes rebeldes, en quienes sus camaradas tienen mayor confianza, y son los más decididos á desafiar nuestro poder, están el *Negro de Lanjaron* y el *Feri de Benastepar*. El primero bloqueado en el castillo de Lanjaron no podrá sostener largo tiempo el asedio; el segundo es enemigo mas temible, y como práctico en los mas

escondidos senderos de esas intrincadas montañas ofrecerá mayor resistencia. Contra este, por tanto, deben dirigirse nuestros principales esfuerzos.»

Seguidamente tomó en sus manos la bandera, en que se veían lujosamente bordadas las armas de Castilla y Aragon, y dijo: A tí, Don Alonso de Aguilar, confío el mando en jefe de esta expedicion, y á tu cuidado y guarda encomiendo esta preciosa prenda, que debeis desplegar sobre las cimas de las Alpujarras.

Despues de estas palabras entregó la bandera al veterano. Este se inclinó al recibirla, y el fuego del entusiasmo brilló en sus negros ojos, al arrodillarse y besar la mano que así le honraba; y ondeando en alto la bandera, exclamó: «Cuánto el humano esfuerzo pueda llevar á cabo, tanto haré, Señora. Alonso de Aguilar recibe de vuestras manos esta prueba de vuestro real aprecio, y no se mostrará indigno de distincion tan señalada. Sí, castigaré á esos malditos infieles, y este estandarte sagrado no se separará de mí, hasta que ondée victorioso en la cumbre de la montaña. Nobles guerreros, continuó con creciente entusiasmo, si esta bandera se perdiese buscadla entre los cadáveres de los moros; allí la encontrareis teñida en sangre, pero asida aún por la mano de Alonso de Aguilar.»

Pronunciadas estas palabras agitó de nuevo la bandera en alto, y todos los jefes allí reunidos prorrumpieron simultáneamente en exclamaciones de aprobacion.—Doña Isabel, tendiendo el brazo para llamar la atencion, se dirigió de nuevo al Consejo. «Oid ahora nuestra soberana resolucion, les dijo. Desde este momento se prohíbe á nuestros súbditos tener comunicacion, ni clase alguna de trato con los rebeldes. La menor infraccion de esta órden será considerada como delito de traicion, y el delincuente será juzgado con arreglo á la ley. Se publicará un edicto para que nadie alegue ignorancia en este punto.»

Acto continuo fueron retirandose sucesivamente los miembros del Consejo; y al despedirse Don Alonso con el mismo objeto, le detuvo su Alteza. Quédate, Aguilar, le dijo. Siento en el alma que el matrimonio de tu hija tropiece con un nuevo motivo de detencion, aun prescindiendo de la desgraciada aventura de su prometido con Don Rodrigo de Céspedes. Cómo está el herido?

—Mi bondadosa soberana, replicó Don Alonso, he tenido noticia de que aún no puede considerarse fuera de peligro. Dentro de pocos dias podrá saberse, y entonces, si el resultado es favorable, me será dado celebrar felizmente la vuelta de Don Lope Gomez Arias.

—Gomez Arias puede jactarse de ser tan buen caballero como á un Español corresponde, repuso la Reina, y de poseer todas las cualidades con que se cautiva el favor de nuestro sexo; pero he oido tambien que tiene una debilidad que, como mujer, debo calificar de grave falta. Me han dicho que es de un carácter estremadamente voluble. ¿No está alarmada vuestra Leonor por la inconstancia de que tacha todo el mundo á su futuro marido?—Es hija de Aguilar, exclamó con orgullo el guerrero. ¿Quién pudiera atreverse á ultrajar á una de este nombre?

—No, replicó Doña Isabel, con afectuoso acento, yo no temo que Doña Leonor se arrepienta de su eleccion, una vez consumada; tiene suficientes atractivos para fijar al más voluble é inconstante de los hombres, y creo sinceramente que Gomez Arias tendrá suficiente discernimiento para apreciarlos.

—Don Lope ne es tan voluble como alguno ha deseado hacer creer á vuestra Alteza, dijo Don Alonso. Además yo no les compelo, ellos se aman entrañablemente, y lo que me interesa es que su matrimonio se celebre ántes de que yo marche contra el Feri de Benastepar. Entonces me sentiría tranquilo enfrente del peligro, seguro de que había alguno que protegiese á mi hija, si le aconteciera algo á su padre en esta azarosa expedicion.

—La hija de Don Alonso de Aguilar, repuso la Reina, nunca necesitará que nadie ocupe el lugar de su padre, mientras Isabel viva. Permanecerá constantemente á mi lado, y yo tendré la mayor satisfaccion en manifestár con mis cuidados y mi cariño hácia Leonor, la alta estimacion en que tengo á su padre. Pero qué ha sucedido para que no os presenteis como el mantenedor del torneo en las justas de mañana?

—Otro, Señora, más capáz que yo se ha encargado de puesto tan honroso. Además que me interesan poco los alardes de un torneo cortesano, en los momentos en que estamos tan próximos á hacer frente al enemigo en mortales encuentros. Quédese para esos galantes caballeros el lograr que las damas admiren sus proezas y premien sus triunfos; mi única ambicion consiste en conservar los laureles ganados en sangrientas lides contra los enemigos de mi patria, y en alcanzar la aprobacion de mi país y la distincion de su mas preciado ornamento, que es mi Soberana.

El varonil y decidido acento con que Don Alonso pronunció estas palabras, se acordaba en un todo con la franqueza y generosidad de su caracter. Dobló enseguida la rodilla y rozó con sus lábios la mano que su reina le tendia.

—Bien merecido tienes su aprecio, exclamó, tú, el mejor y

el mas fiel de mis amigos; la patria te pagará con gratitud tus largos y eminentes servicios. Vé, y continúa tu brillante carrera.

El resto del dia se invirtió en los preparativos para tus justas del siguiente. Bizarros caballeros se ocuparon activamente en preparar sus atavíos y examinar sus armaduras; mientras que otras hermosas manos se entretenian, con no menor ansiedad, en adornar las divisas y convinar los colores de sus favorecidos. La ciudad se vió invadida por numerosos forasteros de los pueblos comarcanos, atraídos por la noticia de las próximas justas, hasta tal punto que no era dable hospedar en Granada tan extraordinaria muchedumbre. Con tal motivo se levantaron numerosas tiendas provisionales á lo largo de la risueña llanura de la Vega. Por todas partes se oían los gritos estrepitosos de una alegría loca; y los armados guerreros y los movibles grupos que discurrían por doquiera, bajo la impresion de la seguridad de un placer que de antemano disfrutaban, ofrecían en conjunto vistoso y animado cuadro.

(Continuará.)

El desdeñoso rigor
con que pagas mi fé amante,
mantiene en lucha constante
mi voluntad y mi amor...
¡Mal haya el hado traidor
que me aflige de tal suerte!
Batallo por no quererte
y más en quererte insisto,
quiero olvidar que te he visto
y me muerdo por no verte.

EUSEBIO SIERRA.

LA MÚSICA Y EL DRAMA LÍRICO.

(CONCLUSION.)

Va á dar principio el siglo XIX, recojiendo la herencia de su antecesor, no para destruirla sinó para aprovechar de ella todo lo bueno y mejorar lo que de mejora fuera susceptible. No podria suceder de otra manera, siendo imposible que al inaugurarse una era, en la cual se operaban notabilísimos adelantos en todos los ramos del humano saber, la música permaneciera estacionada y reducida á estrechos límites.

Los maestros, que tan gloriosamente habian desarrollado el drama lírico en los últimos años del pasado siglo, dejaban todavía mucho que hacer á sus sucesores, y estos debian secundarlos, trabajando asiduamente hasta conseguir tocar la meta de las aspiraciones de compositores y aficionados.

Por eso, al aparecer en el grande escenario del mundo los eminentes pensadores y los inventores, que nos dieron, para honra de nuestro siglo, las aplicaciones del vapor y la electricidad como prueba de su fecundo y sublime génio, arrojan las naciones, á manera de aluvion, que innunda los espíritus del mundo musical, Francia á los celebrados compositores Boieldieu, Auber, Gretry, Herold, Halevy, Adam, Gounod, Thomas, Mermet y otros muchos que pudiéramos citar como una prueba del desarrollo artístico de nuestros vecinos de allende el Pirineo; Alemania presenta á su vez á los grandes génios Weber, Beethoven, Meyerbeer y Flotow; Italia á Rossini, Bellini, Donizetti, Paissiello, Mercadante, Ricci, Pedrotti, Paceini, Petrella, Vacaj, Cagnoni, Verdi y Fioravanti; y España, en fin, al génio musical de Manuel García, y á los distinguidos maestros Carnicer, Eslava, Basili, Saldoni, Barbieri, Arrieta y otros muchos, que han llevado su grano de arena al edificio de nuestra regeneracion artística.

Ni era mi objeto, ni podía serlo, al trazar estos ligerísimos

apuntes, dar á conocer las obras de los autores citados, ni ménos hacer de ellas un juicio crítico; lo cual podría ocupar, al que para ello tuviera la necesaria competencia, algunos volúmenes; pero he dejado de intento entre los maestros alemanes al que en nuestros dias está siendo objeto ya de censuras amargas, ya de sátiras punzantes, ya de elogios y aplausos que le elevan sobre todos sus contemporáneos. Me refiero á Wagner, quien al presentar en la escena su ópera *Tanhauser*, dió motivo á variadas controversias entre los maestros y aficionados. El compositor aleman fué quizás mas altivo de lo que debiera ser en un principio, y esto contribuyó á que se dijera, con ironía más ó ménos justificada, que su música era la *música del porvenir*, y que al representarse su obra en el gran teatro de la ópera en París sufriera las burlas de los *dilettanti* y de los que aquel acontecimiento presenciaron.

Pero tales contrariedades no influyeron en el orgulloso carácter del maestro aleman: al contrario, se dedicó con más asiduidad á la composicion, y *Loengrins* y *Rienzi* vinieron á acompañar á *Tanhauser*, no ya en la escena francesa, en la que tan mal éxito habia tenido el nuevo género, sinó en los teatros de Alemania en donde el autor fué estrepitosamente aplaudido por sus compatriotas.

¿De qué parte estaba la razon? El tiempo ha venido á demostrar que el maestro Wagner es un génio musical y que, si no es la perfeccion en su grado absoluto, merece más justamente los aplausos prodigados por los alemanes que las burlas de los franceses.

Y si quisieramos aducir más pruebas de las que se han dado á Wagner, poniendo en escena sus obras, citaríamos la última produccion, la *tetralogía musical* titulada *Los Niebelungen*, presentada hace pocos meses en Alemania y de la cual se han hecho grandes elogios, á pesar de su excéntrica construccion y de las particulares y nunca vistas condiciones, con que se ha presentado; que la hacen muy difícil para su reproduccion en la mayor parte de los teatros de Europa.

Gran esfuerzo se necesita siempre para romper las tradiciones y es preciso tener una voluntad de hierro, para reformar los gustos y las costumbres de un país. ¿Conseguirá el maestro Wagner adaptar al suyo el gusto musical del público tan apegado generalmente al género italiano? No me atrevo á dar una afirmacion terminante; pero es lo cierto que el *estilo italiano puro*, la forma metódica, que se daba á las óperas en ese bello país, cuna del arte, ha sufrido una transformacion, ejecutada hasta por los mismos maestros de Italia; pues si comparamos al *Guillermo Tell* y *Aida* con otras

obras de Rossini y Verdi, autores de las citadas, veremos una diferencia notabilísima en el fondo y en la forma, ajustándose ya, aunque entre una y otra han mediado algunos años, al cambio operado en el gusto del público desde que el célebre maestro berlinés hizo conocer *spartittos* tan notables como *Roberto il Diavolo*, *il Profeta*, *Gli Ugonotti* y *L' Africana*.

Pero dejando aparte la digresión que ha dado motivo á los anteriores párrafos, lo que se desprende de cuanto á grandes rasgos he trazado es la evidencia del impulso progresivo, que á la ópera se ha dado en nuestro siglo; lo cual era de esperar en una época en que la inteligencia rompía las trabas de los antiguos tiempos, desarrollando sus facultades á medida que el áura de la libertad oreaba el florido campo de la regeneración social.

Compárense, en prueba de lo expuesto, las óperas de Haendel, Porpora y Gluk con las de Rossini, Beethoven y Meyerbeer, y, á pesar del gran génio de aquellos músicos, se encontrará una diferencia en favor de los últimos; diferencia debida en gran parte, á las circunstancias que á unos y otros rodearon y al gusto de la época en que escribieron; por que es indudable que el génio, al remontarse á los espacios imaginarios, no puede ménos de sufrir la presión de la atmósfera en que vive y se manifiesta.

Respecto de lo que ha sucedido y estamos viendo en nuestra patria, en lo que al arte musical se refiere, y principalmente al desarrollo progresivo del drama lírico, mucho, muchísimo podría exponer no tan halagüeño como fuera de desear. Reduciré, por tanto, mi trabajo á ligeras indicaciones de conformidad con la índole del presente artículo.

En la primera mitad del siglo actual principalmente, en idioma español unas y con *librettos* italianos otras, pusieron en escena óperas compuestas por maestros españoles, alcanzando un éxito más ó ménos próspero; pero nunca tan lisonjero que hayan podido sobrevivir y servir de repertorio en los teatros de España: ¡siquiera en el país en donde vieron la luz!

En efecto, pocos, muy pocos españoles conocen el *Diablo Predicador* y los *Contrabandistas* de Basilio Basili; *L' Asedio di Medina* de Espin y Guillen; *Ipermestra* de Saldoni; *Ildegonda* y *La Conquista de Granada* de Arrieta; *Gli Amanti di Teruel* de Aguirre; *Marion Delorme* de Bottesini; *Gonzalo di Córdoba* de Reparaz, y otras que, aunque representadas en Madrid la mayor parte y algunas, como he dicho ya, con éxito favorable, no han llegado á cantarse en los demás teatros de España, y han tenido, por consiguiente una vida efí-

mera, siendo desconocidas, casi en absoluto, de los verdaderos amantes del espectáculo tan brillantemente desarrollado en Italia, Francia y Alemania.

Pero como quiera que el génio español no consiente treguas á su fecundidad, al principiarse la segunda mitad del siglo, despues de algunos ensayos con piezas de poco mérito, apareció en todo su desarrollo el espectáculo conocido con el nombre de *zarzuela*.

Imitacion de la ópera cómica francesa; aunque sin las condiciones de aquella, la zarzuela podia ser un adelanto para llegar á la ópera española y en tal concepto al presentar los maestros Barbieri y Arrieta sus obras *Jugar con fuego* y el *Dominó azul* era evidente que habian dado un paso de gigante en el buen camino. No habia que hacer otra cosa mas que seguir la huella trazada y en breve se conseguiría llegar al objetivo de las aspiraciones de los verdaderos amantes de la música. ¿Pero se hizo así? La zarzuela tan brillantemente inaugurada tuvo muchos intérpretes y en pos de los maestros ya citados vinieron otros á dar impulso al espectáculo, que tan bien acogido era del público en todas partes.

Siguieron componiéndose y representándose zarzuelas; empero el arte no ganaba absolutamente nada con este género de composicion, toda vez que ni servía para producir artistas ni para llegar á la ópera nacional, *desideratum* de todos, y que en realidad se habia convertido en una ilusion perdida. Respondan por nosotros los resultados. ¿Qué obras han venido á remplazar á *Jugar con fuego*, el *Dominó azul*, *Marina*, el *Molinero de Subiza* y otras de reconocido mérito—dado el género á que voy refiriéndome—y de condiciones bastantes para llegar á la ópera nacional? Han venido á reemplazar á esas obras, las llamadas *óperas bufas*, que nos hemos apresurado á traducir del francés. ¡Siempre traducimos lo peor del país vecino! adicionado con algunas obras *originales*, tan poco ó menos *edificantes* que las importadas de allende el Pirineo.

Nótase, empero, una ligera y favorable reaccion hácia lo bueno; pues en los dos últimos años no solamente el maestro Arrieta sinó tambien los jóvenes maestros Cheppi, Zubiaurre, Breton y Espinosa han presentado en los teatros de Madrid algunas operetas, aunque de cortas dimensiones, llenas de bellezas en la parte musical; lo cual revela un deseo para la prosecucion en la buena senda y alimenta las esperanzas de los que—efecto de causas, algunas de las cuales he indicado—teníamos perdida la fé en la regeneracion del arte musical en nuestra patria.

Expuestas las antedichas consideraciones, réstame, para

concluir, acariciar la idea de que se realizarán los deseos de ver en nuestra escena, en un breve período, representar la ópera nacional tal cual debe ser. Para lograrlo hay que vencer muchas y serias dificultades. El músico sólo no puede dar cima á la empresa; necesita del poeta, que ha de proporcionarle el *libreto* en las condiciones indispensables al efecto; así como tambien escasean hoy los artistas, que pudieran interpretar fielmente las obras: todo lo cual y mucho más que aquí omito, constituye—vuelvo á decirlo—una série de dificultades, que es preciso vencer, trabajando todos de consuno y asiduamente, á fin de dejar expedito el camino que, dando honra y provecho á músicos y poetas, ha de conducirlos á conquistar una gloria imperecedera: porque no se borran jamás las conquistas adquiridas en las luchas artísticas, como jamás desaparecen de la historia los nombres de los conquistadores.

E. DE TOPALDA.

A

(SONETO DE LUIS DE CAMOENS.)

TRADUCCION.

Quien vé, señora, claro y manifiesto
Luciente sol en vuestros ojos bellos
Y no ciega los suyos solo al vellos,
No paga lo que debe á vuestro gesto.

Tal me hubo parecido precio honesto,
Mas ví que es desventaja para ellos,
Y doy la vida y alma por querellos
Y más, si para dar quedara resto.

Así que vida, y alma, y esperanza,
Y todo cuanto tengo, vuestro es todo;
Pero el provecho solo yo le llevo,

Porque mi amor así tal dicha alcanza
Que dándoos cuanto tengo, doy de modo
Que cuanto más os pago más os debo.

D. DUQUE Y MERINO.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

M. MENÉNDEZ PELAYO.—*Horacio en España*, (traductores y comentadores: la poesía horaciana,) solaces bibliográficos.—Madrid, casa editorial de Medina.—Amnistía, número 12.—Un tomo en 8.º de 479 páginas.—5 pesetas.

Mientras haya en el mundo estudios y buen gusto, el poeta venusino será ídolo del humanista verdaderamente merecedor de este dictado. No á todos es dado saborear los primores de la más exquisita poesía que nos legó Roma, mas quien hubiese educado su entendimiento para estimarlos apenas se contentará con menos que con saber de memoria y aplicar no tanto á sus lecturas como á los más graves casos de la vida buena parte de sus pasages eminentes.

En manos del insigne lírico la admirable lengua latina, encanto y guía de quien la sabe, adquiere prodigiosa flexibilidad ó incomparable belleza, se anima y suelta, se enriquece y pule, ofrece formas nuevas, variadísimas, elegantes, pone su nervio y concision al servicio de conceptos profundos ó sagaces, como al de imágenes ligeras y graciosas con lo cual los esculpe y eterniza, erigiendo los unos en sentencia y dogma, las otras en tipo y modelo perdurables. Y cuando guiado de aquel soberano instinto que se llama inspiración, emplea el ático escritor la maravillosa lengua en son de legislador y maestro, de galas tales viste su austera doctrina y sanos preceptos que hace del libro didáctico obra de placer y entretenimiento en la cual se aprenden y guardan las enseñanzas de lo necesario y útil, sin haber buscado ni advertido en ella más que los solaces de lo deleitoso y ameno.

De ahí la tradicion imperecedera de Horacio, su vida inextinguible, su influjo perpétuo, manifiesto á veces y públicamente profesado y enaltecido, secreto otras y relegado á íntimo y escondido culto, segun el vaiven que las mudables y encontradas aficiones humanas imprimen á nuestros gustos, hábitos y ocupaciones.

Acaso poeta ninguno justificó más de lleno su título de «vates,» adivino, cuando en uno de sus cantos á Melpómene, escribía:

Non omnis moriar; multa que pars mei
vitabit Libitinam.

No ha muerto en efecto; y si á tiempos palidece y aparenta ocultarse la luz de su memoria, luego renace y torna á mostrarse ufana con sus inmortales resplandores. El más ti-bio aficionado á libros con ser tal aficionado, si se pone alguna vez á estudiar y reconocer literaturas de pueblos medianamente cultos, luego se halla con las huellas indelebles de aquel arte príncipe, seducción de espíritus levantados y escogidos, en que se simboliza y compendia la más alta civilización del gran pueblo latino, su exquisita elegancia próxima á trocarse en enervación y menosprecio de la templanza y la energía, su ostentoso y regalado vivir que habrán de degenerar no tarde en molice y corrupción estre-mas. En él vive y late el eco postrero de la virtud romana, el culto de los dioses, el amor á la gloria patria, la indómita soberbia, el ánsia de dominación, la confianza en la propia fortuna, la sagaz política de tomar del vencido cuanto del vencido puede traer provecho, grandeza y adelanto, artes ó letras, leyes ó costumbres.

Mal pudiera eximirse de la seducción horaciana nuestro insigne paisano y colaborador asíduo Sr. Menéndez y Pelayo, á quien el voto comun de la crítica serena, puramente literaria pone al lado de los ilustres humanistas, universales en conocimientos, firmes en doctrina, profundos en juicio, gloria, de aquel Renacimiento, de donde vino á engendrarse y florecer la civilización moderna.

Intrépidamente aventurado desde sus años infantiles en los extensos y no bien explorados mares de la bibliografía donde tan felizmente le guían su prodigioso tino, madura razón y constancia sin ejemplo, el jóven escritor montañés hallábase sin duda á cada paso, donde quiera, y más amenuado tal vez en aquellos autores y libros en cuyo estudio le detenía su patriótico celo ó su devoción ardiente á las muertas lenguas y letras clásicas, vivaces y menudos vestigios de la poesía y génio horacianos, así en versiones y paráfrasis, como en citas, imitaciones y comentarios.

Y sintiendo y experimentando como en tales encuentros y hallazgos se refrescaba su númen crítico, acendrándose su gusto, y tomando nuevos bríos su entusiasmo é incansable afán de saber, determinóse movido de generosa inspiración á hacer partícipes á los demás españoles de iguales benefi-

cios, y ahorrándoles todo trabajo y laboriosa fatiga darles cuidadosamente recogido y ordenado en un libro, cuánto en las lenguas literarias de la península y en sus libros es testimonio de la memoria de Horacio, sujecion á sus leyes, homenaje á su estilo, honrada y animosa voluntad de hacerle nuestro, de imitarle, seguirle ó interpretarle.

¿Habríamos ahora de decir á nuestros lectores montañeses de cual manera habilísima y amena ha realizado su propósito el hijo predilecto de nuestra literatura patria?

¿Necesitaremos encarecer á los lectores de la REVISTA cuántas prendas de valía atesora el *Horacio en España*, su caudal erudito, sus deleitosas, galanas y literarias formas, y selecta doctrina y buena crítica? Son las mismas que brillan en todos los escritos de un autor, las que los justifican y robustecen dándoles calor y sávia, las que acrecientan y extienden cada día su buena fama, las que los hacen ser asiduamente buscados por cuantos desean aprender en breve espacio, que no les consienten mayor sus obligaciones y negocios, ó depurar lo aprendido, ó acrisolarlo en la comparacion de opiniones más valientes, ó justificadas ó juiciosas.

No hay reminiscencia horaciana perdida en cualquiera de nuestros escritores españoles, verso suelto, imagen, pensamiento, ó forma de lenguaje que se esconda á la diligencia del perspicaz y entendido bibliógrafo, el cual recorriendo los fastos de nuestras letras desde los autores en los siglos medios influidos y educados por la aparicion de las obras del arte antiguo, hasta los modernos y contemporáneos deletrea por decirlo así, la tradicion; escoge en ella cuanto es luz y gloria, cuanto vale y enseña, cuanto pueda ser ejemplo ó regla de bien pensar y mejor decir, y lo apunta y expone, siempre en forma precisa, de modo claro, no dejando á indiférentes y perezosos la excusa de que lo árido del estilo ó lo embozado del razonar los aleje de su lectura. Y cuando en su camino se encuentra entre los insignes devotos de su modelo con alguno de aquellos ingenios excelentes, honra la mejor de España, como el poeta de la *Noche serena*, ó el incomparable prosista de los *Sueños*, detiénese complacido y complaciente con el lector, y diseña y pinta en rápidas y acertadas frases la índole particular de cada uno de ellos, las altas calidades de sus obras, su significacion y valer en la obra colectiva del nacional ingenio.—Estos juicios breves, precisos, y admirablemente trazados han de quedar como forma definitiva y pura de la opinion.—Algo dice tambien de autores vivos; á muchos de ellos satisfará su justificacion, y ninguno con razon podrá alzarse de sus juicios, deseoso de mayor benevolencia.

Pero ántes de predicar con la palabra, nuestro ilustre erudito predica con el ejemplo y como introducción á su obra pone una valentísima *epístola á Horacio*, escrita en endecasílabos sueltos, metro siempre pavoroso á versificadores castellanos por las muchas caídas y derrotas de que ha sido ocasión mísera, no deseado del vulgo, cuyo áspero oído, esquivo á delicadezas prosódicas del verso libre, se paga mejor de la música ménos vaga y dulce del aconsonantado. Vence el poeta, no hay que decirlo, las dificultades del metro, como el prosista las de la lengua, y el bibliófilo los escollos de la erudición.

Sírvele de asunto, digamos de pretesto, un ejemplar de Horacio

de mal papel y tipos revesados,
vestido de rugoso pergamino,

el cual describe con amor de bibliófilo:

Nació en pobres pañales: allá en Huesca
Famélico impresor meció su cuna:
Ad usum scholarum destinóle
El rector de la estúpida oficina
Y corrió por los bancos de la escuela
Ajado y roto, polvoroso y súcio
El tesoro de gracias y donaires
Por quien al Lácio el Ateniese envidia.

Pero en las hojas profanadas del volúmen destrozado y feo se encierra la esencia del génio que inspira y mueve:

¡Cuánta imagen fugaz y halagadora
Al armónico son de tus canciones
Brotando de la tierra y del Olimpo,
Revolaban en torno al estudiante
Que ante la dura faz de su maestro
De largas vestimentas adornado,
Absorto contemplaba sucederse
Del mundo antiguo los prestigios todos!

y el libro continúa al cabo de tantas generaciones su obra de regeneración y entusiasmo, inspirando al nuevo vate:

Yo también á ese libro peregrino,
Arca santa del gusto y la belleza,
Con respeto llegué, sublime Horacio:
Yo también en sus páginas bebía
El vino añejo que remoza el alma:
Todo en tí lo encontré, rey de los himnos,
Mente pelasga, corazón romano,
El vuelo audaz, la sentenciosa flecha
La ática sal, las mieles del Himeto,
La belleza eres tú!
¡Tiempo feliz de griegos y latinos!
Calma y serenidad, dulce concierto
De cuantas fuerzas en el hombre moran,
Eterna juventud, vigor eterno,
Culto sublime de la forma pura,
Perenne evocación de la armonía.
Vén, libro viejo; vén, alma horaciana!
Yo soy latino y adorarte quiero.

Esta profesión de fé literaria, concisamente y en tan bellas formas expuesta, desenvuélvese tácitamente en la prosa que forma el libro de que damos cuenta, al cual parece haber dado alma y sér, y es en más alto acento proclamada y expuesta y razonada en el *últílogo* que lo termina, cuerpo de doctrina literaria que harán bien en meditar reposadamente, ó para adoptarla ó para combatirla, cuantos profesores se ocupan en institutos y universidades peninsulares de la enseñanza literaria.

No se crea, sin embargo, que la doctrina de nuestro autor es doctrina de estancamiento y retroceso. ¡Cómo se habría de escapar á su inteligencia clarísima el espíritu de los nuevos tiempos y su necesario é inevitable influjo! Harto vé y comprende

...este hervir incesante de la idea,
Esta vaga, mortal melancolía
Que al mundo enfermo y decadente oprime
Sus fuerzas agotando en el vacío,

por ello y para remedio de esa tristeza indefinible é inquieta del arte contemporáneo, de esa nostalgia de una patria deseada y desconocida, invoca el arte antiguo,

... otra lumbré
Antes encienda el ánimo del vate:
El vierla añejo vino en odres nuevos,
Y esa forma purísima pagana
Labre con mano y corazón cristianos.

Las enumeraciones de lugares, personajes y títulos horacianos que esta epístola contiene con modelos de dicción y gusto. Pero llevados del encanto de nuestra lectura y del juicio, en cada página más fortalecido del minucioso y delicado exámen que el nuevo libro merece, nos habíamos olvidado de que esta sección de nuestra revista no tiene más objeto que anunciar someramente los libros, sin entrometerse á explicar sus bellezas ó sus defectos. Creemos que nuestros lectores no han de quejarse por ello, y que ántes bien los habremos puesto en deseo, cuando de antemano no lo estuvieran, de apreciar por sí el admirable y duradero monumento levantado á la par á la gloria y recuerdo de Horacio y á tantos buenos escritores castellanos, portugueses, catalanes y gallegos por nuestro esclarecido compatriota Don Marcelino Menéndez y Pelayo.

H.

DE LA SOBERANÍA TEMPORAL DE LOS PAPAS, por *Don Mariano Herrero Martínez*; opúsculo premiado en el certámen de la *Juventud Católica* de Barcelona, celebrado en 10 de Junio de 1877.—Barcelona, Imprenta de los herederos de la V. de Pla.—1877.

Curioso es y digno de loa este opúsculo que debemos á la cortesía de su autor, jóven jurisconsulto de Burgos, y enlazado con vínculos de estrecho parentesco á una respetable familia de esta ciudad.

Divide el Sr. Herrero su tan breve como luminoso trabajo en dos partes. En la primera demuestra palmariamente que el poder temporal de los papas, es el más antiguo de cuantos existen en la tierra. En la segunda prueba la necesidad de ese poder que, según el vizconde de la Ferroniere, nada papista ciertamente, es indispensable «para que el jefe de doscientos millones de católicos no esté supeditado á ninguna potencia, y pueda ejercer su augusto ministerio, elevándose sobre todas las pasiones humanas.»

Si notable es el opúsculo por la copia de datos y de razones que en los estrechos límites de su primera parte sirven de apoyo á la tesis, y por el método y la claridad con que se exponen, no lo es ménos por la firmeza de juicio y lucidez de criterio con que el Sr. Herrero acomete y lleva á feliz remate el segundo punto de su difícil empresa; difícil decimos, no porque la materia no sea sustentable á todas luces lo mismo ante la razón que ante el sentimiento, sino por la angostura del terreno en que el autor se ha visto precisado á revolverse, con tal acopio de pertrechos.

Pero la mejor prueba del relevante mérito de la obra á que consagramos estas líneas es el haber sido premiada en un certámen al que tantas otras acudieron.

Sinceramente felicitamos al Sr. Herrero por lo merecido de triunfo ¡y en verdad que será lástima que quien tan bizarramente sabe portarse en las primeras lides, deje enmohecer sus armas por desuso!

HISTORIA DE CIENCIAS E INDUSTRIAS CONTEMPORÁNEAS Y DE SUS ÚLTIMOS PROGRESOS.

CRONICON CIENTIFICO POPULAR,
REVISTA Y REPERTORIO PARA TODOS
POR DON EMILIO HUELIN.

BIENIO I.—Segunda edicion corregida y aumentada.

BIENIO II.—En dos tomos, con adiciones hasta fin de 1876, y copiosísima biografía científica.—Cada tomo se vende á 8 pesetas en Madrid y 9 en provincias, franco y certificado, enviando el importe á la Administracion de la GUARNALDA y EPISODIOS NACIONALES, calle del Barco, 2, Madrid.

TIPOS TRASHUMANANTES.
CROQUIS A PLUMA

por

DON JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Se halla de venta al precio de 8 rs. en la Administracion de la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA, guantería de D. Juan Alonso y principales librerías.

Los pedidos de fuera se dirigirán á la Administracion de este periódico, y se servirán siempre que venga acompañado su importe con el aumento de 2 rs.

PÁGINAS SIN NOMBRE.
— — — — —
COLECCION DE POESÍAS
DE
RICARDO OLÁRAN

Se ha repartido el primer cuaderno de esta publicacion, y á la mayor brevedad saldrá el segundo.

Cada cuaderno consta de 96 páginas en 8.º, y su precio es 2 reales.

Los pedidos se dirigirán al Administrador de la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA, calle del Arcillero, núm. 1, principal.

HORACIO EN ESPAÑA,
por Don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Se halla de venta en la Administracion de LA REVISTA, y en las principales librerías.

REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA.

(CONTINUACION DE LA TERTULIA.)

Se publica en Santander los días 5 y 20 de cada mes, en cuadernos de 32 páginas, al precio de 12 reales trimestre.

Se suscribe en su Administración, calle del Arcillero, número 1, piso 1.º, y en las principales librerías de Asturias.



(PRIMERA ÉPOCA.)

COLECCION

de artículos humorísticos, pensamientos poéticos, charadas, enigma-charadas, dobles enigmas, acertijos, logrogrifos, rompe-cabezas y otros escesos,

POR

VARIOS INGENIOS MONTAÑESES.



En 8.º de más de 400 páginas, y se halla de
Administración de la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA al
las.

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Forma un tomo en 4.º de 768 páginas, y se halla de venta al
precio de 12 pesetas en la Administración de la REVISTA CÁNTABRO-
ASTURIANA.